

La colección *Un libro por centavos*, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante diecisiete años (2003-2020) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 13.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

El poemario n.º 170, *La orilla de los heterónimos*, es una antología cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de la poeta Stefhany Rojas Wagner, para esta colección.

Selección y cuidado de
Stephany Rojas Wagner



N.º 170

Fredy Yezzed

*La orilla
de los heterónimos*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2020

ISBN 978-958-790-440-6

© Fredy Yezzed, 2020

© Universidad Externado de Colombia, 2020

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición
Agosto de 2020

Imagen de carátula

El jardín de las delicias (detalle del panel central),
por El Bosco, c. 1500-1505, pintura al óleo sobre tabla,
220 x 389 cm., Museo del Prado, Madrid, España

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 17 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

JHERONIMUS VAN AKEN (Bolduque 1450-1516), conocido como el Bosco. Nació en Holanda, autor de una obra excepcional tanto por la extraordinaria inventiva de sus figuraciones y los asuntos tratados como por su técnica. No se tiene certeza de detalles de su vida ni de su obra, son pocos los cuadros con su firma y ninguno tiene fecha. Por documentos encontrados en los archivos municipales, se sabe que su familia se dedicaba a la pintura al fresco, dorar esculturas de madera y a la producción de objetos sagrados. Fue un pintor prolífico. *El jardín de las delicias* es la obra más emblemática y enigmática de este pintor. Un detalle de la parte central de este tríptico es la portada que acompaña esta publicación. Se trata de un tríptico pintado al óleo sobre madera de roble, elaborado hacia 1490 o 1500. Al abrirlo, los tres paneles interiores representan el paraíso, la vida terrenal (el jardín de las delicias) y el infierno.

CONTENIDO

LA SAL DE LA LOCURA

- Prólogo o palabras desde la cordura [11],
Es claro que Dios se escapó de mi cráneo [14],
Voy por el mundo con un agujero de bala [15],
Hay un terrible abismo entre palabra y palabra [16],
 La noche está en mí [17],
 Por accidente he pasado hoy [18],
 Desde la mañana lluviosa [19],
 Le he dicho a los psiquiatras [20],
Ha nevado sobre la ciudad repentinamente [21],
 ¿Te ha pasado alguna vez que estás solo [22],
¿Quién asegura que la locura no es un intento [24],
 El único que me salvaba de la náusea [25]

EL DIARIO INÉDITO DEL FILÓSOFO VIENÉS

LUDWIG WITTGENSTEIN

- 1 [27], 2 [29], 3 [33], 4 [36], 5 [39], 6 [44], 7 [47]

CARTA DE LAS MUJERES DE ESTE PAÍS

- Carta primera y la más difícil [49],
Carta con un perro negro [50],

Carta a lo que nace en la panza de los peces [51],
 Carta donde pasta una vaca [52],
 Carta con huevos de serpiente [53],
 A quien está leyendo esta carta [54],
 Carta de abril de 1986 [55],
 Carta infestada de droseras [56],
 Carta donde ruedan los mangos [57],
 Carta que sueña con un caballo [58],
 Carta última y la más devastadora [60],
 Carta que te guarda en su memoria [61],
 Carta donde se levanta la mañana [62],
 Carta desde la copa de un cerezo [63],
 Carta donde se escucha una cabra [64],
Carta al hombre que asesinó a mi hijo [65],
 Carta de las mujeres de este país [67]

¿... que un hombre no puede llevar dentro de sí más de un poeta? Lo difícil sería lo contrario: que no llevase más que uno.

JUAN DE MAIRENA

LA SAL DE LA LOCURA *

(Buenos Aires, 2010)

* Derechos editoriales: *La sal de la locura. Le Sel de la folie.* Nueva York Poetry Press, New York; Editorial Escarabajo, Bogotá; Abisinia Editorial, Buenos Aires, 5.^a ed., 2019, 112 pp.

PRÓLOGO O PALABRAS DESDE LA CORDURA

El 11 de mayo del 2005 ingresé a Urgencias del Hospital Neuropsiquiátrico J. T. Borda de Buenos Aires. El primer dictamen fue que sufría de una alteración nerviosa y un grado alto de delirio con fuerte propensión a la violencia. Echaba saliva por la boca, gritaba obscenidades y me golpeaba contra las paredes.

Bastará decir que pasé irrecuperables años en ese lugar, saltando de psiquiatra en psiquiatra, con fuertes medicaciones que me mantenían dopado todo el día y hasta periodos de total ensimismamiento amarrado a una camilla o arrojado en un rincón con una camisa de fuerza.

Si hay algo difícil en la locura es salir ileso de ella. En marzo del año antepasado ingresó una psicóloga a hacer sus prácticas, la Dra. Dalzotto. Ella fue la primera que me sugirió escribir los “monólogos blancos”, como yo solía llamar a esas voces en mi mente. Me rehusé de forma tajante. Pasaron meses de terapia con ella, hasta que una vez me mostró un conjunto de hojas impresas tituladas “La sal de la locura”. Las miré con temor. Me confesó que me había grabado durante nuestras cortas sesiones y que en sus horas de descanso

transcribió lo que le parecía más coherente. Mi primera reacción fue de ira y decepción. Luego abandoné la terapia por petición personal.

Pasaron varias estaciones hasta que una mañana, en mi habitación, indescriptiblemente, me vi, me sentí, me recordé. Leí una y otra vez los textos. Avergonzado, solicité de nuevo la cooperación de la Sta. Dalzotto, quien asistía a un taller de escritura con un reconocido poeta. Fue a ella a quien dicté la segunda parte de este libro: de memoria, sin vacilar en una palabra, en un sentimiento. Seiscientos ochenta y cinco poemas —creo que los puedo llamar así— escribimos en casi dos años. La selección de los textos que han sido suprimidos corrió por cuenta del poeta, a quien la Dra. Dalzotto pidió ayuda. Gracias al entusiasmo de él es que la Dra. Dalzotto ha impreso y enviado este legajo de poemas al Premio Macedonio Fernández.

Diré, finalmente, que si algo me ha ayudado a sobrevivir ha sido el acto humano y desesperado de salvarme; no la poesía, aunque el deseo de poner en orden los días y las cosas sea un acto poético.

Ahora, gracias al Servicio Social del hospital trabajo como mecánico de barcos, vivo en la Provincia de Tierra del Fuego y miro el mar tratando de escribir el sueño de un hombre normal.

Dedico a la Dra. Dalzotto este libro, que si tiene valor estético es por la ayuda de su mano, que si tiene valor espiritual es por la sal que extirpó de mi locura.

ARIEL MÜLLER**

Agosto de 2010, Ushuaia, Argentina

** ARIEL MÜLLER nació en Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, en 1979. Es nieto de alemanes exiliados durante la Segunda Guerra Mundial y radicados en Misiones. Su padre es desaparecido de la última Dictadura Militar Argentina. Inició estudios de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata, pero nunca se recibió. Vagó por Suramérica como ayudante de camión, contrabandista, mesero y conserje de hotel. Estuvo interno en el Hospital Neuropsiquiátrico J. T. Borda de Buenos Aires desde 2005 hasta 2010.

ES CLARO QUE DIOS SE ESCAPÓ DE MI CRÁNEO. Que se fue dejando una estela de sangre. Una gotita que un gorrión pisa y esparce sobre el piso blanco.

Escuchaba yo una llanura de carneros, los oía arrancar con sus quijadas las raíces. Ese ruido cuando arrancamos la hierba, ese mismo ruidito cuando arrancamos una rosa como un cabello.

Tal vez quise decir que escuchaba voces. Un susurro inesperado al cruzar la calle. Volteo y miro alrededor y no hay nadie, pero alguien que no está me mira desde la esquina. Solo. Inquietante.

Fue el viento, me digo.

Fue sólo el viento, me repito.

VOY POR EL MUNDO CON UN AGUJERO DE BALA en el pecho. El aire me atraviesa de frío. Los niños juegan a asomarse de un lado y otro. Por allí, la única mujer se me fugó y la única orquídea que sembré no quiso echar raíces.

Voy con esa música de violín perforada. Con ese delirio de insomnio.

Voy caminado por las calles con un agujero de bala en el pecho. Represento muy bien mi papel de muerto. La gente no se asombra de verme malherido y distante. Los hombres meten su dedo índice comprobando que no es un engaño. Creen meter el dedo en un sueño. Y la pérdida es que despierto y la herida sigue sangrando.

Es un sueño que me sostiene de los hilos del mundo.

Es un agujero de bala donde me cabe todo el mundo.

HAY UN TERRIBLE ABISMO ENTRE PALABRA Y PALABRA, cuyo fondo es lo que no puedo nombrar. Ellas mienten como las sirvientas que ocultan el vaso quebrado del día. Ellas ocultan por ese miedo a desnudarse, a mostrarse en público con el rostro que no tienen. Las palabras trafican con el desencanto, me alejan del jardín exacto, de lo que aún no ha naufragado. Las palabras me vendan los ojos, me tientan a caminar en la oscuridad, me empujan por las escaleras. Creemos en ellas porque sólo entendemos el pequeño ensueño que arrojan de sus puños. Caen como un polvo en la noche. Suenan como un cuerpo desnudo contra el piso. La impotencia de inventar una palabra que me nombre. La felicidad está en lo que nunca dirán. Las palabras: sogas hechas a la medida de nadie, cordones que no alcanzan a atar, agua que no sacia. Ni la tortura ni la espera paciente ni el *caso omiso* las conmueve. Quisiera saber toda la sangre que corre por la palabra *alma*. Quisiera, por un instante, asomar la punta de la nariz al jardín de la palabra *noche*. Quisiera por un milagro y, entonces, decir de este *dolor* la verdad.

LA NOCHE ESTÁ EN MÍ. La noche nace de mí. Caben en mí todas las noches de todos los hombres. Dentro de mí una noche con dos lunas. Y la noche de todos los que nacerán. Esa noche dentro de mi día. Esa noche blanca de mis recuerdos. Esa noche que es mi memoria. Esa noche que es un espejo. Y es una zozobra más larga. Una noche más vieja que el Sur. Más sabia que todo lo que existió. Dentro de mí la libertad y la noche, todas las posibilidades, todos los miedos, todos los cristales rotos, todos los silencios, todos los monólogos de los muertos. Una sola noche mía es toda la angustia de los hombres. Las mujeres van a lavar sus ropas a mi noche. Mis noches extienden con timidez sus manos.

Soy la noche. Nado en su piedra redonda. Voy caminando al sol.

POR ACCIDENTE HE PASADO HOY la palma de mi mano por la cabeza. La he palpado minuciosamente ahogado en un silencio perplejo. Me he dado cuenta de que estaba rapado por completo. He deslizado con suavidad mi mano por la frente, la nariz, la quijada. Me mojaron la angustia y los nervios como la ola contra un acantilado: había olvidado cómo era mi rostro.

Caminé de un lugar a otro con desesperación. Me busqué en el reflejo de una ventana sucia, en el revés de una cuchara, en el brillo del marco de una puerta metálica. Pero no me pude ver. Indescriptiblemente me carcomió la tristeza. Lloré acurrucado en un rincón. No comprendí por qué no hay espejos en este lugar.

Digo palabras falsas con la cabeza clavada en mi pecho y mis dedos entrelazados en la nuca: adentro soy yo y mi propia imagen. Adentro está mi espejo. Pero mi espejo no tiene reflejo. Soy un hombre sin rostro.

DESDE LA MAÑANA LLUVIOSA cuando internaron al buen Joseph, otro hombre empezó a caminar bajo sus uñas. Un hombre al que la falta de libertad le malformó el rostro. Un hombre que duerme con una mano metida dentro de la boca y la otra en el sexo. Un hombre que se abraza el vientre como si tuviera un frío ancestral. Un hombre al que se le paran las moscas sobre el cráneo para hablarle de ángeles. Un hombre que no se cansa de tener la mirada como en un recuerdo doloroso. Un hombre al que no le avergüenza estar desnudo en cuclillas con el mentón apoyado sobre el marco de la ventana. Un hombre de piernas famélicas y voz de pajarito.

El buen Joseph no sabe que su enemigo lo tomó por dentro.

El buen Joseph no sufre. Ha olvidado el lugar de donde vino.

LE HE DICHO A LOS PSIQUIATRAS que si he decidido hablar no es para reparar las cosas. Tampoco deseo que busquen el problema en el andamiaje peligroso de las teorías. Se los he explicado muchas veces, pero parecen no entenderlo. Y si no lo entienden es porque tal vez no existe el problema o sencillamente el problema no tiene solución.

Les parece imposible que yo no desee saber más de mí. Ese barco que se hunde dentro de mis costillas. Le temo a saber más. Más sería entender menos. Entre menos sepa de este mundo, mejor podré pasearme por el mío. Esa casa que se incendia conmigo adentro.

Dios, ¿qué estoy diciendo?

Yo sólo deseo ordenar las cosas aquí adentro.

Y marcharme algún día.

HA NEVADO SOBRE LA CIUDAD REPENTINAMENTE. Los coágulos de nieve se han colado por las tejas rotas y han calado en el corazón de cada interno. Todos han salido con una calma ancestral a ver esa magia de la luz petrificada. En sus rostros se trazó una sonrisa que recordó la comida fresca, el agua limpia, el aire puro. Como tocados por una voz celestial iban saliendo de sus habitaciones arrastrando la suela de los zapatos. Pronto atestaron los pasillos como detrás de un perfume e invadieron el patio mirando al cielo con la boca abierta. Extendían los brazos como dejando posar libélulas blancas en sus huesos. Jugaban a atrapar el algodón con la boca. Todo lo malo, si lo hubo, allí murió. Un copo se enredaba en el cabello de los ancianos, otro se deslizaba por el pecho de las mujeres, uno más huía como un ratoncillo entre los pies. Esa caricia suave. Esa herida tierna. Esa música que es más bella que el silencio.

Un regalo hermosísimo.
Dios al fin habla y dice.

¿TE HA PASADO ALGUNA VEZ QUE ESTÁS SOLO en alguna banca del parque y de repente ves sobre la palma de tu mano una hormiga que camina? Deprisa, de un lado para otro, entre las estrías, oculta en el cuenco. La observas como diciéndole: “Por allí no, tonta”. El animal se detiene en la mitad del mapa, mueve sus antenitas y prueba el sabor de la sal de tus dedos. Pero resulta también que de sus diminutas cosquillas sale una música que te taladra por allá adentro el hombre insignificante que eres. Canción de psicosis. Una tecla de máquina larga y monótona, siempre la misma, y de fondo el millar de patas de la hormiga tocando ese nervio como una aguja. “Perdida, estás perdida”, le susurras, y le soplas indicándole el camino. Pero ella insiste en acompañarte, en su grandísima existencia te habla del cascabel de las hojas, de la larga travesía al fruto de un álamo; de aquella vez en la que casi muere ahogada en una gota de agua. Se mueve de un lado a otro en el laberinto de tu mano, sutilmente te enseña los recuerdos que se te han dibujado sobre ella. Entonces le confiesas que esa arruga profunda te la inventó una mujer en la que confiaste, que el millar de avenidas que se cruzan desde tus uñas a las falanges son esta ciudad de cosas invisibles, que aquella cicatriz es el recuerdo de las estaciones. La hormiga traza en

su hilo invisible el rostro de alguien conocido, de alguien al que crees recordar pero no recuerdas; tienes su nombre en la punta de la lengua y aún así es difuso. Nunca te enteras de que era tu rostro. Pasa imperceptible todo, sólo queda grabado en el agua clara de tus pensamientos esa mañana fría. Te llevas eso y mucho más a los túneles. Vas por los pasillos. A la hormiga le has dado una segunda oportunidad sobre la corteza de un tronco. En el fondo también deseas una segunda oportunidad.

¿Te ha pasado alguna vez que para enfrentar este vacío comienzas a hablar con una hormiga en la mitad de la nada?

¿QUIÉN ASEGURA QUE LA LOCURA NO ES UN INTENTO más de salir de la casa hundida? ¿Algo que está entre el hombre y el ser humano? Una ventana dentro de nuestra ventana. Algo que huye de nuestra costumbre de llamar el fuego, de humillar un árbol, de defecar sobre un ramo de niños.

¿Quién asegura que la locura no es ese deseo de acariciar los caballos, de abonar las plantas, de sentir correr agua limpia dentro del jarrón del alma? Quién negaría que la locura no es esa catástrofe tectónica del rozarse de dos células como dos rosas a las cuales les lleva tiempo acostumbrarse al olor del otoño, que deben dar el atlántico salto de una millonésima de milímetro más, que tienen en su sangre toda la responsabilidad de salvarnos. Y aún más: *que no desean salvarse si no nos salvamos todos.*

¿Acaso no se han dado cuenta? Los dioses no existen, pero estamos juntos. Somos dios, la noche, la esperanza.

EL ÚNICO QUE ME SALVABA DE LA NÁUSEA era *El cíclope vegetariano*, como él mismo se hacía llamar. Un gigante con cara de niño que se la pasaba todo el día leyendo filosofía y tragando hojas de repollo o mordiendo una zanahoria o dando vueltas a una semilla de palta en su enorme boca.

En las tardes, cuando sentía que la ventana de la noche se cerraba, me acercaba a él. Entonces *El cíclope vegetariano*, sin voltear a mirarme, comenzaba a leer en voz alta. Las palabras “caos”, “sujeto”, “dialéctica” sonaban luminosas en esa voz de cien hombres ahogándose. Pero resulta que en medio de la lectura comenzaba a llorar por su único ojo unas lágrimas tan grandes como un poema al dolor.

Fue en una de esas tardes cuando le pregunté qué era toda esa masa de cosas que leía. Dijo que la filosofía era una hermosa novela de amor inconclusa. Yo reía mientras él suspiraba en su cueva solitaria. Dijo algo con la palabra “fragmentación” que no entendí y mascó una cebolla redonda.

Cómo perdió su ojo *El cíclope vegetariano* siempre fue un misterio. Lo recuerdo en su banco de madera con los pies descalzos. El día en que partí del hospital definitivamente le dije que estaba bien. Sonrió y dijo casi susurrando: “Nadie que exista está bien”, y siguió leyendo.

Esperé a que me dijera algo sobre el Tiempo, pero nada ocurrió. Me voy, dije, para siempre. Llévate unas hojas de lechuga para el camino, respondió.

EL DIARIO INÉDITO
DEL FILÓSOFO VIENÉS
LUDWIG WITTGENSTEIN *

(Buenos Aires, 2012)

*Los límites de nuestro lenguaje
significan los límites de nuestro mundo.*

LUDWIG WITTGENSTEIN

* Derechos editoriales: *El diario inédito del filósofo vienés Ludwig Wittgenstein. Le Journal Inédit Du Philosophe Viennois Ludwig Wittgenstein*, Nueva York Poetry Press, New York; Editorial Escarabajo, Bogotá; Abisinia Editorial, Buenos Aires, 5.^a ed., 2019, 152 pp.

1

1. La realidad está limitada por la totalidad de la poesía. La poesía no tiene límites.
- 1.1 La poesía es un jardín: un jardín que habla de otros jardines.
- 1.11 Poesía, en una palabra, señor entrevistador, es requiem.
- 1.12 Pero la mejor definición de poesía es la siguiente proposición: Poesía no es ni lo uno ni lo otro; quizá tampoco lo tercero.
- 1.13 El lenguaje es la flor, dijo Mallarmé. Si esto es así, entonces, la poesía es la floración: encantamiento de la flor.
- 1.2 *Under the Winter*: quizá su madriguera más cálida, más productiva.
- 1.21 El único enemigo de la poesía es el poeta: allí, es él contra él mismo.
- 1.22 & ese silencio... () Es el lenguaje que reclama su propia poesía.

- 1.3 El mundo siempre ha sido una colección de murallas, & el lenguaje no es más que una de esas inquisiciones del cielo. La poesía solo comete la osadía de saltarla.
- 1.31 *La poesía es como el almendro: sus flores son perfumadas y sus frutos amargos.*
- 1.32 Anudar una palabra a otra, con la esperanza de unir un hombre a otro.
- 1.33 La poesía que no extiende los brazos es una poesía mutilada.
- 1.4 Lo meta-poético son las arañas que se comen a su madre

2

- 2.0124 Las cosas por sí solas descubren al hombre. La cuchilla de afeitar oxidada, el aire quieto pudriéndose en su fruta, el poema lamido mil veces, la pintura que se cae del techo.
- 2.014 Dar a cada emoción una personalidad, a cada estado del alma, *un alma*.
- 2.0231 La blasfemia, el insulto: agrietan el aire.
- 2.0232 El desdentado está más cerca de la Libertad. No le pone obstáculos a lo que viene de adentro.
- 2.0233 Toda la *mudez* inexplicable es el recuerdo: el sintagma que se ha quedado anclado a la sal del pasado.
- 2.026 Las palabras, antes de perforar la roca del cuerpo, deben experimentar la lección del abismo. Deben primero castigarse con la soledad, para luego [intentar] purificar las úlceras del hombre.
- 2.027 El pensar es numérico. Los números: imaginación enjaulada.

- 2.0271 Todos somos contadores de sí-la-bas. El que quiera el oficio del aire: tiene que contar silabas; debe saber más del número que del sonido.
- 2.0272 Es tan difícil llegar a la Nada. Es tan atlánticamente imposible dejar de nombrarse.
- 2.0277 Pero aún más difícil es decir el sueño: esa llanura de carneros misteriosos.
- 2.0278 ¿& qué hace tanta palabra, si no es *luchar* por el hombre, reverdecer al hombre?
- 2.0279 Porque uno tiene *fe* en las palabras, por eso es que creemos entendernos.
- 2.028 Cierro la boca: y me quedo solo.
- 2.03 Mi disciplina es mirar el cielo. Pero el cielo de la palabra *cielo*.
- 2.034 Mi lengua rodea línea a línea cada borde, cada vértice, cada orilla de la más coniforme que cae en Volksgarten; mi lengua, antes de decir, palpa, acaricia; se corta.
- 2.06 Cada lengua posee su ligera forma de

erotismo, su forma de caer sobre un cuerpo.

- 2.061 Igual que las teclas de un piano, igual que los cuadros de un tablero de ajedrez, así el lenguaje: de lo blanco que no significa a lo negro que nos rebosa de sentido, de fertilidad.
- 2.062 Miserables insectos * * * * : eso somos en la Gran Telaraña del Lenguaje.
- 2.1 Siempre se escribe en la superficie; muy pocos alcanzan a hacerlo en la profundidad.
- 2.11 Escribe poco & tendrás doble eternidad.
- 2.12 No escribas para que te lean; escribe para que no te olviden.
- 2.13 Escribir poemas siempre será un eterno sonrojarse.
- 2.131 Esa piedra elige su forma de caer.
- 2.14 La escritura tiene su estética de la repugnancia. Se dibuja el pensamiento como escupiendo huesos de insectos, tripas de

sangre, negras patas: materia que de vez en cuando *toma vuelo*.

- 2.151 El acto de la escritura es perplejidad. Una voz en mí dice: Deja de buscar la palabra justa, encuentra, mejor aún, el alma precisa de esa emoción. & otra dice: Las palabras son las únicas que tienen alma. & el alma carece de emoción.
- 2.1511 Escribe todo lo que quieras & verás que de todos modos serás, siempre, un extraño, un extranjero.

3

- 3.001 En mi gramática de la existencia: soy, no por el hecho de estar, sino porque ella es, aunque no esté.
- 3.02 Mi último pensamiento, allá, lejos, acostado (obscenamente) junto a Marguerite.
- 3.022 Para M. es poco el idioma alemán; desea conocer cómo se mueve la lengua en todas las lenguas.
- 3.023 *¡Ah, cómo gusta de mi carne mi Ternera!* Me avergüenza ese pensamiento vulgar; pero más me avergüenza que no sea cierto.
- 3.024 Detrás de “M” hay sólo una presencia con los brazos abiertos, un ángel con las alas ensangrentadas: algo que no existe & rehúso a soltar de la mano.
- 3.025 Me voy para Cambridge..., pero te quedas con mi tarde en tu sostén.
- 3.026 Iba hacia lo que menos conocía en mi vida: mis sueños.
- 3.032 *La belleza destruye el amor; el amor, la belleza.*

- 3.07 No te puedo juzgar: me diste todo cuando todo eran estas piedras.
- 3.14 La poesía me llega a hartar, como me harta la misma mujer todas las noches, toda la noche.
- 3.141 Abría todas tus puertas, todas las noches, & nunca pude entrar.
- 3.142 Callar una palabra de afecto es dejar una cicatriz en el silencio.
- 3.143 Lo escribo en mi Diario, mas no se lo digo: entrar en su cuerpo es como invitar a la cama a los hombres que han penetrado su carne.
- 3.1431 Esa, la que lastimas, se acerca con su masa de calma... & te enseña a olvidar.
- 3.1433 Marguerite, cómo recuerdo tus palabras, dijiste que yo estaba solo, porque solo con Dios estaba.
- 3.144 Qué diferente la poesía para mí que me quedo solo, para ti que te vas acompañada.

- 3.2 Te veo, pero no sé decirte.
- 3.201 Alrededor de las hojas, a punto de quebrarse, vibraba tu voz.
- 3.202 Ahora que sé que estás del otro lado del sueño, temo soñar.
- 3.203 La libélula me visitaba con frecuencia & nunca trajo la visita.
- 3.2031 Soy la soledad a fondo. Soy la soledad a muerte.
- 3.2032 La poesía, como un arma, me defendía de mí.
- 3.2033 ¿Por qué lees este verso, en lugar de correr a salvarla?

4

- 4.001 Solo un fruto puesto sobre una mesa de madera. Es la única nota de color en esta alcoba vacía, donde Dios duda, desde la ventana, si entrar o no.
- 4.002 Como un ciego que busca a Dios entre las sombras, creo ver un día luminoso, la luz en la piel de una manzana, mi rostro en una pared blanca.
- 4.003 Camino en dirección contraria a la del otoño & le doy la cara a cada doloroso rayo del verano; de esa forma, con el rostro herido, es más *fácil enfrentar a Dios*.
- 4.0031 Un W. adentro & otro W. afuera. Uno que pronuncia la palabra *campo* & otro que aspira la palabra *abismo*. Uno que siente la ternura de un niño & otro que piensa en las flaquezas de una mujer sola. Como la flor que resiste el peso del cielo, uno & otro arquean sus tallos... para no dejar caer a Dios.
- 4.01 Un W. busca con afán la salida de la casa mientras otro W., con parsimonia, busca la dirección de la misma casa.

Cuando, por fin, los dos W. se encuentran en el jardín, en la estación del tren o haciendo fila en un banco, han de hallar a un tercer W. que camina con belleza hacia el interior de los dos.

- 4.011 El alma es carne, porque también se puede pudrir.
- 4.012 El alma, como el cuerpo, debería tener una cisterna: para halar la cuerda cuando algo nos aflija.
- 4.013 Hay mañanas en las que el alma amanece con sus ventanas cerradas. En el fondo de sus habitaciones el silencio arrastra un manojo de hojas secas, & nos queda difícil palpar amorosamente el latido de un pájaro en nuestras manos. Pero, de repente, en el centro del día, en la frente del mundo, & solo entonces, un rayo de luz atraviesa nuestra morada, ahuyenta las arañas & nos deja sentir la felicidad más plena, en medio del silencio más absoluto.
- 4.0153 *desnudo* es la palabra más triste.

- 4.0155 Cuando no estoy buscándote, no danzo,
no soy.
- 4.0157 Cierro los ojos & allí estás abriéndome
los ojos.
- 4.016 Mi país camina atravesando el desierto:
sin guía, con un pan mojado de sangre,
sin tu Palabra.
- 4.0161 Señor, te diré la verdad: te hemos crea-
do a nuestra imagen y semejanza, [no a
la tuya], como a la radio, la guerra y la
escritura.
- 4.017 Señor, sal de mí, invade mi oscuridad.
- 4.018 *Si hay una proposición que exprese con pre-
cisión lo que pienso, es esta: Bueno es lo que
Dios ordena.*
- 4.019 *Ha llegado Dios en el tren de las 5:15.*

5

- 5.01 Dos infiernos son la infancia. El vivido & el recordado.
- 5.114 Yo soy quien le dice a su alma: ¿Acaso sigues siendo una niña?
- 5.135 Crezco más en tu ausencia, en tu presencia soy limitadamente yo.
- 5.1362 Me es imposible verte vieja & enferma, siempre serás para mí triste & joven, como el día en el que te fuiste.
- 5.14 En la sopa de la soledad, hermano mío, cucharada tras cucharada, nos defendíamos de la muerte.
- 5.1411 Ese 6 de noviembre mi padre me despertó y me dijo acercándome a la radio: “Escucha las balas en el Palacio, esto cambiará nuestra historia para siempre”. Salía del sueño, de la mano de mi padre, y entraba a la pesadilla, de la mano de mi padre.
- 5.17 Orfandad, diosa del mal.

- 5.171 Mi orfandad es rotunda: estoy yo. Pero lo que me duele es él, la imagen mía, lejos de mí.
- 5.174 Dios, dime que estabas con ella, porque conmigo no estabas.
- 5.175 Soy un huérfano, pero ¿de qué alma?
- 5.1751 La limitada noche del hambre, no encuentro otras palabras para nombrarte.
- 5.176 Vengo de morir. Vengo de nacer. El punto medio es una criatura sentada en el quicio de su puerta con un perro.
- 5.177 *¿ te recuerdo, madre, como cuando la única luz era tu sombra.*
- 5.1772 ¿Si diseccionamos la palabra *viente* encontraremos siempre la palabra *centro*?
- 5.1798 La orfandad es una noche indescifrable, donde un hombre enciende un fósforo.
- 5.22 Solo el que ha estado en la guerra lo ha intuido: el que mata a un hombre

atenta contra el *lenguaje*. Borra del mapa a alguien que dijo antes de partir a la misma guerra: “Mi Sol, espérame para la próxima cosecha”.

- 5.2342 Después de los muertos, las palabras & la limitada esperanza entre los dientes, no miento: la poesía me salvó la vida.
- 5.28 Dormí en una época con una mujer cuyos padres fueron asesinados. En medio de la noche me despertaba & la hallaba escribiendo las cartas más hondas a sus padres. Pienso, entonces, que estos fragmentos son extensas cartas a los míos sin entregar. Al día siguiente, ella se levantaba serena; yo, con la misma punzada.
- 5.281 Una carta es un país en el aire.
- 5.5 Carecer de superficie muchas veces resulta ser una sólida forma de pasar por el mundo.
- 5.501 También somos esa vida que nunca vivimos.

- 5.503 Hace unas noches me sorprendí al ver pasar una araña por la mitad de la habitación; sentí el deseo irrefrenable de pisarla. Pero ¿era yo el indicado, el elegido para terminar con su existencia esa noche, en ese recinto, en esas horas del cansancio?
- 5.51 ¿Cuántos *gramos* de poesía se necesitan para morir?
- 5.511 Hay días en que me brilla la sangre en los labios, días en que mis labios se cansan de la misma sangre, días en que la sangre se aburre de visitar los mismos labios.
- 5.512 Nunca jamás haber poseído, nunca jamás haber sido: esa es mi *philosophía*.
- 5.513 & quizá, mi epitafio.
- 5.64 Sigmund me preguntó: ¿Dónde está tu herida? Con mi silencio le respondí que en él también estaba.
- 5.6544 No quiero saber. Saber duele. Duele en lo que quiero.

- 5.9 *En este país los únicos que saben de estética son los peluqueros.*
- 5.932 *No hagas caso de la crítica de quienes nunca hayan escrito una obra memorable.*
- 5.9321 *Nada le place tanto a Apolo como el sacrificio de un crítico literario engreído.*
- 5.9333 *Un poeta no lee a los poetas: los vigila.*
- 5.934 *El que no triunfa en la vida, triunfa en el arte: es mentira, pero suena bien.*
- 5.935 *¿... que un hombre no puede llevar dentro de sí más de un poeta? Lo difícil sería lo contrario: que no llevase más que uno.*
- 5.936 *Qué crimen: escribir poesía mientras nuestros hermanos nadan en Ketchup.*
- 5.937 *Señor: libranos de los poetas & danos, por fin, la poesía.*

6

- 6.111 A diferencia del cactus, mis espinas han crecido por dentro.
- 6.12 A este punto, ya le he tomado aprecio a mis prisiones.
- 6.1201 He cometido el peor error de mi vida: estar solo.
- 6.231 Una tarde en Berlín, antes de la guerra, creí hablar con Dios. Llenaba la página con números & signos que dudé entender a la mañana siguiente. Descendía de una cifra a otra cifra. Creo que jugaba. Toda la vida lo he buscado adentro de mí, cuando por breves instantes lo abrazo afuera de mí.
- 6.343 Soy un ser básico: como la carne dentro de la carne; como la carne pudriéndose; como la carne floreciendo, tomando *vuelo*.
- 6.4 Dije me voy, cuando ya me había ido, & era imposible volver.
- 6.423 Mi distancia más lejana es adentro

- 6.5 *Sólo vine a ver el jardín*, leo en el famoso libro del diácono Charles Lutwidge Dodgson.
- 6.51 Los ancianos de Noruega sólo tienen dos sueños: desayunar en la cama con la muerte & no dejar morir las flores.
- 6.512 Las flores de Alexander no saben de las estaciones, no han leído literatura de invierno & les parece de mal gusto la poesía que habla de rosas. Las flores de Alexander sólo saben de la pobreza, del milagro de vivir, de los ojos del gato sobre la mariposa.
- 6.513 El cisne negro de cola blanca, que hace equilibrio con una pata, está perturbado: no sabe si es cisne o flor, las miradas de la gente lo tienen confundido.
- 6.53 Al final de la tarde, en su azotea llena de flores, después de quejarse ante ellas, la imagen de la abuela cayendo dormida, mientras las rosas se cierran, como atrapando sus murmullos.

- 6.57 Fue en París antes de la guerra. Era sudamericano & tenía los huesos en otra alma. Me preguntó en francés cómo me llamaba. Respondí. Dijo pausadamente que era un nombre profundo. Pregunté por el suyo. Respondió. Le dije que era un nombre amargo. Sonreímos en medio de la lluvia. Me dio la mano como un caballero. Creo recordar su apellido después de tanto tiempo. Creo que dijo llamarse *Vallejo*.
- 6.59 Cuando despertó, Ludwig Wittgenstein, aquella mañana, se encontró, a pesar de él, convertido, en el mismo hombre, del día anterior.

7

- 7 *De lo que no se puede hablar, hay que callar la boca.*

CARTA DE LAS MUJERES
DE ESTE PAÍS *

(Nueva York, 2019)

*Las mujeres sufrimos y recordamos la guerra de otra manera,
las mujeres narramos la historia de nuestros sentimientos.*

SVETLANA ALEXIÉVICH

* Derechos editoriales: *Cartas de las mujeres de este país. Letter from the Women of this Country*, Nueva York Poetry Press, New York; Editorial Escarabajo, Bogotá; Abisinia Editorial, Buenos Aires, 2019, 200 pp.

CARTA PRIMERA Y LA MÁS DIFÍCIL

No mueran más en mí, salgan de mi lengua.
Los he visto caer con el torso desnudo,
los brazos alzados, esas miradas.
Les presto las manos que se vendaron los ojos,
los oídos que se negaron a oír sus gritos,
mi boca solitaria en su noche furiosa.
Rueden acostados sobre los pastos de esta colina de
mi lengua, vuelvan a reír, déjennos escuchar
las risas mientras caen, se doblan, se nombran a sí mismos.
No se escondan en las piedras frías de mi lengua, los
he visto en la paloma muerta en medio del sendero,
en los heridos que hablan a los geranios,
en la tormenta que se avecina.

Sobre la mesa está la noche doblada,
la lluvia que no se dijo;
y la espera, la piedra, el nudo.

Salgan todos: dejen este barro, esta neblina, el frío
de estos páramos de mi lengua. Canten su retorno,
asomen su voz del fondo de la tierra.

¿Que para qué estas cartas?
Para nacer, Antonio, para renacer.

Una carta es un país en el aire.

CARTA CON UN PERRO NEGRO

La página se repite una y otra vez desde
que desapareciste:
en medio de la madrugada me despiertan
los aullidos de un perro.

Abro los ojos y sus patas rasgan las rejas del jardín,
en su dibujo desesperado está el rostro
de un hombre con la boca abierta.

Me asomo a la ventana y veo a tu perro.
Miro a todos lados y la calle palpita oscura y desolada,
pero alguien o algo parece que vigilara desde los árboles.
Le abro la puerta, con la cabeza baja mueve la cola
entre las patas, reclama una caricia con el hocico.

La noche brilla en su pelaje.
Me inclino y lo abrazo, le pregunto por ti, Jorge,
pero su cuerpo negro es una piedra fría.
Me gruñe, ladra y se aleja unos pasos.

Descubro mi camisa manchada de sangre.
Trato de descubrir su herida, la espuma en el colmillo,
el hueso quebrado. Pero se aleja, ladra con fuerza
y retorna como insistiendo en que lo siga.

Cierro la puerta a mi espalda y lo persigo
a través de la penumbra.
Lo sé y no lo sé: voy en busca de la noticia más triste.

CARTA A LO QUE NACE
EN LA PANZA DE LOS PECES

Esta tristeza, Juan, empujaría un barco río arriba.
En la panza de los peces eres también este país.

Me dijeron pueblo abajo que te vieron con tu hermosa
desnudez desnudar la luz. Con tus ojos quietos
copiar la lluvia, memorizar las nubes.
Con tu palabra bullosa nadar en silencio.

Lo que el hombre dividió, los peces del río
-en su humilde hambre- reconcilian.
Lengua, seno, costilla recuerdan su pasado
y vuelven a ser lenguaje, olor, un pecho en qué habitar.

Desde el fondo turbio del río, con los cabellos
untados de barro, la espalda crucificada a ramalazos,
asciende un coro de vocales largas.

Van con sus cruces los nadadores olímpicos, buscando
tierra y consuelo en el fondo del río,
oleando vida en la orilla de nuestro mar.

Todos los ríos de Colombia son hierbas frescas
para los amantes, cunas para los hijos,
tierra santa.

CARTA DONDE PASTA UNA VACA

Boca abajo entre los pastos altos del potrero,
los primeros en hallarte fueron los ojos tristes de una vaca.
La neblina bajaba lenta por la cordillera
y los cristales de agua brillaban en las hojas.

El animal con su espíritu manso y curioso
se acercó con humildad.

Te observó largo tiempo, José,
allí suspendido en el tiempo,
flotando como un hielo en medio de la mañana.
En el cielo una corona de aves negras se disponía
a posarse sobre tu ancha espalda, cuando otras vacas
vinieron a rodearte, a cuidar del hijo ausente,
a espantar las moscas.

Centro de este cortejo, José, te lloraron
las matronas de los campos.

Desde el fondo nervioso de sus cuatro estómagos
los animales mugen, se inclinan ante tu cuerpo,
te lamen el rostro.

Son ellas las primeras plañideras en encender cirios
en la profundidad de sus ojos húmedos y negros.

A su lamento responden con un balido desde
el potrero vecino, un relincho en las faldas
de la montaña, un aullido en el pueblo siguiente.
Con esta desolada ceremonia, mientras el viento
peina los pastos altos, doblan por ti las campanas.

CARTA CON HUEVOS DE SERPIENTE

Y entonces, en el país de los ríos y los volcanes,
tuvimos que irnos serpenteando las cordilleras.
Íbamos lentos, como víboras apaleadas por los niños,
con el miedo prendido al cuello,
con el pesado luto en los abismos.
Las curvas inhóspitas nos recordaban a cada instante
los labios desaparecidos, la palma sobre el pecho,
los gajos de maíz arrancados con desespero.
Allí cargábamos las fotografías de la orfandad:
el polvo en el lagrimal, los pies desnudos en el fango,
una voz negra que arrulla a sus crías mientras
 sangra la tarde.
En cada uno la herida, el bramido amargo
de nuestros animales, el dominó de los amigos,
la lengua cortada bajo las estrellas implacables.
Íbamos con nuestro veneno, suplicando
un plato de amor, mendigando un país.
Éramos las serpientes humilladas, abrazadas,
con los huevos de la esperanza en su vientre.

A QUIEN ESTÁ LEYENDO ESTA CARTA

Porque te queda poco tiempo,
debes leer rápido estas líneas.
El nerviosismo de los perros en la mañana,
la quietud sospechosa de la calle,
y esta repentina mudez,
te avisan que vienen por ti.
Esperaron la noche, y en pocos
segundos subirán la escalera.
Ya es tarde para escuchar la voz de tu madre,
sé que te hubiese gustado meter, por última vez,
los pies en el río, morder las uvas en el cuerpo
ajeno, oler su cabello detrás de la oreja.
Están a pocos pasos: es terrible lo que te harán,
la humillación de la que serás objeto
frente a los vecinos.
Nunca olvidarás el terror de sus miradas.
Quieres soñar en este preciso instante,
decir que todo fue pesadilla.
Pero vienen por ti y ya estás escuchando
los golpes en tu puerta:
Mientras lees la palabra miedo te invade el miedo.

CARTA DE ABRIL DE 1986

La noche anterior entraste al cuarto de ella
por la ventana.

Tu mano buscaba en la oscuridad el oro,
hasta que se quemó con la piel de un seno.
Sin rostro, ella pudo fingir, pero no te fingió.
Sin rostro, a pesar de tu olor, ella imaginó
abrazarse a varios hombres.

La música lenta y el relámpago se deslizaron
bajo los túneles.

Mordiste su boca. No escatimaste un gesto
un ojo un dedo obscuro para regocijo de ella,
para beneficio mutuo de la tormenta.

Esa madrugada los vecinos no durmieron, el ardor
saltó de cama en cama por el barrio.

Ella recordó que dormiste como en una canoa en medio
de un lago tranquilo. A la mañana siguiente,
cuando te deslizabas por el callejón, te cercaron.
Te subieron a un auto. Te sacaron de la ciudad lentamente.
Viste con indiferencia el color azul de las montañas.

Nada te importó.

Llevabas el olor de una mujer en el cuerpo.

CARTA INFESTADA DE DROSERAS

Vamos amputados, despedidos del vuelo,
 los que pisamos una drosera.
El niño que se detiene sobre ella cree
 hundirse en la miel, en el agua.
Sus filamentos rojos, azules, alegres,
 devoran nuestra luz a dentelladas.

La drosera -en apariencia- es una patria
 dulce y luminosa.
Pero hay ácidos, veneno, un abrazo letal
 en su codicia.
Cientos de bocas -con afilados dientes-
 nos arrastran al fondo.

Vamos rengueando, dando saltitos,
 improvisando sillas con ruedas.
Conozco fronteras que están infestadas
 por esta flor insaciable.

A falta de ataúd, dice Miriam,
 el cofre sospechoso de la drosera.

El acertijo es siniestro:
 donde hay belleza, hay muerte.

CARTA DONDE RUEDAN LOS MANGOS

En el alma de los mangos viaja el verano.
Ruedan como canarios caídos sobre el suelo
de este patio. Con su espíritu picoteado
dan tumbos con sus brazos abiertos por la pendiente.
Solo cuando caminé descalza por el jardín de los mangos
supe de su suerte. Mario, Mercedes, Mariana, Roberto,
extraños frutos ya cantados por una voz negra
en los Montes de María.
Del cielo colombiano cayó todo este jugo con el rictus
de un niño que juega a la guerra.
Un golpe seco y luego el grito callado.
Los frutos, heridos y enamorados, buscan
la boca que los muerde,
la palabra que los habita, la familia que los vela.
Como ratas pardas huyen del árbol que les dio el paisaje.
Aparecen como animales asustados en medio del día.
Ellos son un bracito de la infancia, una puerta abierta,
una rodaja de sol.
Nosotros el campo donde germina su muerte.

CARTA QUE SUEÑA CON UN CABALLO

Has cambiado de forma, Tirso, en el sueño de tus hijos.
Ya no eres un hombre crucificado ante su miedo,
ese salto mortal, la laguna de sangre en la que te diluiste.
En esta mañana nublada –como aquella–
hubieses deseado que no te vieran tus pequeños
recoger los panes de la humillación.
Qué error, piensas, si es que piensas, fue llevarlos
a caminar por aquella calle, que ahora evitan transitar.
Cientos de veces se despertaron salpicados
de gritos en las pesadillas.
Esta tarde nublada, si es que hay nubes donde estás,
no te martirices:
a su sueño ahora descienes en forma de caballo
desde una colina de pastos verdes y frescos.
Te acercas a tus hijos lentamente,
haces inolvidable lo breve, dejas que deslicen con timidez
las manos sobre tu cuello espléndido y caliente.
Hay algo mágico: tú lo intuyes y ellos aún no,
vienes desde lejos para decirles que no están solos.
Un relincho, un escalofrío, tus cascos golpeando
tres veces la tierra,
no tienes otro lenguaje que el de los sueños.

Con el viento desordenando tu crin, con el negro profundo de tus ojos, con las pestañas largas y maravillosas, les pides perdón por aquella mañana en que la lluvia se tiñó con su padre.

No sufras, amigo, si es que hay angustia en este sueño de tus hijos: tú no los llevaste a aquella cita, tú no los metiste a esta carta, fueron tus hijos los que te tomaron de la mano y te entregaron al viaje.

Cumple tu historia colombiana:
ven trotando manso y humilde.
Danos tu dolor y tu belleza.

CARTA ÚLTIMA Y LA MÁS DEVASTADORA

Desaparecieron las piedras del río de La Magdalena,
desaparecieron los árboles de yarumo
que eran bellas sombrillas,
desaparecieron los rugidos de un tigrillo diciendo
soy nieto del sol.

Desaparecieron los bancos de peces en una
transacción extraña,

Desapareció el río y el viento que bailaba
en puntillas sobre las olas,

Desapareció Manuel, silbando mientras
arrancaba las raíces.

Desapareció Matilde, esperando a Manuel
en la puerta del granero.

Desapareció la llanura, el ganado, el chillido del águila.
Desapareció el puerto, el olor de la selva,
el sol en un sueño.

Ante sus ojos, sin un gramo de extrañeza,
desapareció este paisaje,
como va desapareciendo esta carta entre sus manos.
Y va desapareciendo usted -cuando ya es
demasiado tarde-, y desaparece esta voz.

CARTA QUE TE GUARDA EN SU MEMORIA

Quien te nombra, te llama, enciende un ramo de flores amarillas. No puedes decir que tu silencio fue en vano. La palabra no dejará de humedecer tus párpados. Es el poema el único que te guarda en su memoria. Te espera el aire limpio de sus balcones. Una mano invisible te pone café sobre las heridas. La gran casa del poema te invita a pernoctar en su tiempo. Te acuestas sobre sus sábanas blancas y llega a tu mente el licor confortante de la familia. Apoyas tu muerte desvelada en sus almohadas y sube el olor de una sopa de amor crepitando. En sus corredores juegan tus hijos a esconderse. Desde sus habitaciones escuchas los ruidos en la cocina, el agua del río, el canto del gallo, la mano del viento despeinando los eucaliptos.

CARTA DONDE SE LEVANTA LA MAÑANA

Y de repente llegó la noticia: tu muerte.
Cuando me lo dijeron los primeros rayos
de sol se filtraban entre los árboles de café.
La neblina con lentitud soltaba sus trenzas,
dejaba un delicado rocío sobre la hierba.
La brisa traía el olor de la yerbabuena,
la transpiración del brevo, el penetrante eucalipto
como limpiando el alma.
Calladita -sola con el paisaje de mi balcón-
me dije: hay la música del río, hay la serena luz,
hay yo misma con este pasmado canto.
El mundo no se detuvo para mirarme:
los gorriones en el fondo del bosque
se refrescaban las alas,
a lo lejos un caballo subía la pendiente,
una voz vecina susurraba:
“No olvides regar las lilas blancas”.
Qué forma más extraña tiene la naturaleza
de dar sus malas nuevas.
Qué transparente y suave tacto
tienen sus manos en este punto.
Deseaba -en la belleza- llorar con todo
el pecho y no podía:
entraba la vida en mi corazón
con sus pies desnudos.

CARTA DESDE LA COPA DE UN CEREZO

Salí de casa, caminé hasta el parque
y trepé de nuevo en el cerezo.
De rama en rama hasta alcanzar la copa.
Sentí la mecedora de madera doblarse
en el precipicio. Mirando a lo lejos oía
el crujir de ese barco en medio de la ciudad.
Quien sube a un cerezo, guarda el racimo
más dulce de su infancia; y no hay una compañía
mayor que esa soledad brillando en el aire.
En el pueblo nadie pensó que la guerra
también llegaría. En la familia nadie
se preguntó cuál sería nuestra cuota.
Pasan los ejércitos y uno acá arriba es débil
como las mirlas. Cierro los ojos y te imagino
a mi lado esculcando a este gigante.
Andrés, Juan, Milton, Leo: no importa
ahora qué nombre tengas.
Cierro los ojos y siento el miedo: ¿volveríamos
a escuchar el susurro silencioso de los cerezos?
Quien pierde un hermano pierde la infancia.

CARTA DONDE SE ESCUCHA UNA CABRA

No se oye otro sonido que el de las pezuñas
de esta cabra que escala un peligroso acantilado.
No sabemos cómo ha llegado hasta allí.
Nos dolería verla caer, escuchar su dura carne,
su cornamenta, sus huesos de hierro romperse
contra las lajas de la montaña.
No deseamos ver su largo pelaje blanco
invadido por las manchas de la sangre.
Con nuestras uñas invisibles, con nuestra mirada
desnuda -sin saber cómo y sin saber- le gritamos:
“No te rindas. Nada es fácil entre lo salvaje”.
Escucho el timbre de sus tendones adheridos al vacío.
Escucho su oración sin palabras.
Está allí para lamer las piedras saladas,
para decir que es más de la fe que del sueño,
para decirnos que sí es posible el amor.
Hay ahora el rugido del viento, el eco de una piedra
que se despeña, la osadía de un corazón solitario.
Brotan en las alturas la hierba más apacible, y no hay
príncipe más bello que este que sueña con el aire.

CARTA AL HOMBRE QUE ASESINÓ A MI HIJO

Todas mis noches, oración tras oración,
te deseé la sangre más negra.
Dije piedra, dije mercurio, dije lobo,
dije árbol podrido en tu corazón.
Maldije las manos de tu madre
que le dio horma a tu cuerpo con esperanza,
Maldije a la mujer que te amó creyendo que era amor,
Maldije a la partera que te salvó de ser ángel,
de ser miel, de ser boca tierna.
Lejos de mi lengua lancé el pueblo de calles
empedradas que te vio correr,
al país que te dio un nombre
y este derecho de triturarnos y hacernos olvido.
Encadenada a tu odio, te profesé todo mi amor,
y te profesé todo mi vacío.
Soñaba con tu rostro bajo mis uñas,
soñaba que me soñabas mirándote en silencio,
soñaba que la lluvia golpeaba a tu ventana
con vísceras de cordero.
Pero cuando la zozobra me quebraba
los huesos, la vida te puso frente a mis ojos:
no podía creerlo, en tu joven rostro vi el rostro de mi hijo,
en tu mirada perdida vi su última mirada, en tu cabello
revuelto vi su grito llegando alegre de la escuela,
con los perros y con el hambre.
Ahora que buscas en el fondo turbio del estanque
una moneda, ahora que añoras entre las hierbas

otro nacimiento, ahora que tus manos heridas
se niegan a herir, dime, contesta a este marco sin fotografía,
a esta bicicleta abandonada, a este tigre muerto que es tu país:
¿Quieres mi perdón? ¿De qué te salva él? ¿Qué destruye,
qué levanta, que esconde bajo los álamos olvidados?
¿Servirá de algo que limpie la sangre
de mi hijo de tus manos?

El perdón duele, sale del estiércol, vuela por encima
de nuestras cabezas, perfuma, mas no termina
de lavar nuestras naranjas ensangrentadas.
En medio del pan duro y los ácidos más crueles:
te perdono -pequeño huérfano-, te perdono
y me libero de tus alambres,
te perdono y desanudo tus púas más hirientes.

Dime tan solo una última palabra.
Dime bajo qué piedra debo buscar su nombre,
dime en el fondo de qué río debo cantar su melodía,
dime entre las hierbas envenenadas
en qué corazón debo escarbar...

Tú y yo somos dos cuervos que se miran sin consuelo.
Tú y yo somos este jardín de los desaparecidos.
Este amor violento.

CARTA DE LAS MUJERES DE ESTE PAÍS

Aquí estamos, con la espuma en la mano frente a los trastos, escuchando el sonido de la sangre. A través de la ventana, la luz de la luna ilumina los metales y las pompas de jabón. Estamos ya viejas y recordamos cosas frágiles. Todas nosotras estábamos allí. Nos dejaron vivas para que pudiésemos decir las manzanas podridas. También para que susurremos mientras gotean nuestros dedos: “No nos arrebataron el amor”. Quisiese que el dolor se fuese como se va la grasa por el sifón. Pero el dolor está ahí como un hijo creciendo adentro nuestro. El dolor nos dice: “Hijas mías, mirad cómo han mudado de alas”. Hay brillo en las cucharas y los tenedores, pero el recuerdo, el rayo, el apellido de nuestros hombres aún sigue latiendo entre las manos. Mientras lavamos una olla, un sartén, un colador, hay una que imagina bañar y acariciar el pecho, las manos, los pies de su hombre. Son otros los que hacen la guerra, pero somos nosotras *las que cargamos las carretillas de lodo de un cuarto al otro*. Entre nosotras y el grifo de agua, la luna y nuestros difuntos cantando. No nos marcharemos sin más. Vamos a lo profundo del misterio.

Buscamos en el humilde jarro de nuestro pozo
las palabras más sencillas para decir con exactitud
la costilla rota, su mano tronchada,
sus ojos abiertos y quietos.

Cuánta pena hay en esta tarea diaria
de lavar los platos, los vasos, nuestras sílabas.
La guerra tiene el nombre de un varón, pero la memoria,
las vocales temblorosas de una mujer.

Nadie mejor que nosotras lo sabemos:
“Todos somos culpables en la pesadilla”.

Y no hablar, lo creemos casi doblando las rodillas,
es morir frente a los hijos.

Ninguna se oculte en la casa limpia,
ninguna diga nunca, ninguna deje de desollar el alma.

Aquí estamos las mujeres de este país
sacándole brillo a nuestros muertos.

Aquí estamos las mujeres de este país
edificando con espuma el amor.

Aquí estamos las mujeres de este país
con la luna entre las manos.

FREDY YEZZED. Bogotá, Colombia, 1979. Poeta, escritor y activista de Derechos Humanos. Después de un viaje de seis meses por Suramérica en 2008, se radicó en Buenos Aires, Argentina.

Tiene publicado: *La sal de la locura* (Premio Nacional de Poesía Macedonio Fernández, Buenos Aires, 2010); *El diario inédito del filósofo vienés Ludwig Wittgenstein* (Ediciones Del Dock, Buenos Aires, 2012) y *Carta de las mujeres de este país* (Nueva York, 2019) que fue Mención de Poesía en el Premio Literario Casa de las Américas 2017, La Habana, Cuba.

Como investigador literario escribió los estudios *Párrafos de aire: Primera antología del poema en prosa colombiano* (Editorial de la Universidad de Antioquia, Medellín, 2010) y *La risa del ahorcado: antología poética de Henry Luque Muñoz* (Editorial Universidad Javeriana, Bogotá, 2015).

Es licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad de La Salle y profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana.

Ha obtenido además los siguientes reconocimientos: XII Premio Nacional Universitario de Cuento, Universidad Externado de Colombia, 2001; Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá, 2003; Premio Nacional Poesía Capital, Casa de Poesía Silva, 2005, y XXVII Concurso Nacional Metropolitano de Cuento, Universidad Metropolitana de Barranquilla, 2006.

Actualmente es profesor de Escritura Creativa en *La otra figura del agua: clínicas y talleres literarios*.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de eratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanos. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra

142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua. Antología*, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona! Antología poética*, Andrés Bello
163. *Delirios del amor divino. Antología*, Sor Josefa de Castillo y Guevara
164. *El universo es la patria*, Emilia Ayarza
165. *Apogeo*, Gioconda Belli
166. *Huellas y paisajes. Antología*, Marín Aranda
167. *Lluvias (Antología poética 1983-2019)*, Hugo Mujica
168. *Hijo de la luz y de la sombra. Antología poética*, Miguel Hernández
169. *Lo que ordena el ruego. Antología*, Luz Andrea Castillo
170. *La orilla de los heterónimos*, Fredy Yezzed



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en agosto de 2020

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem